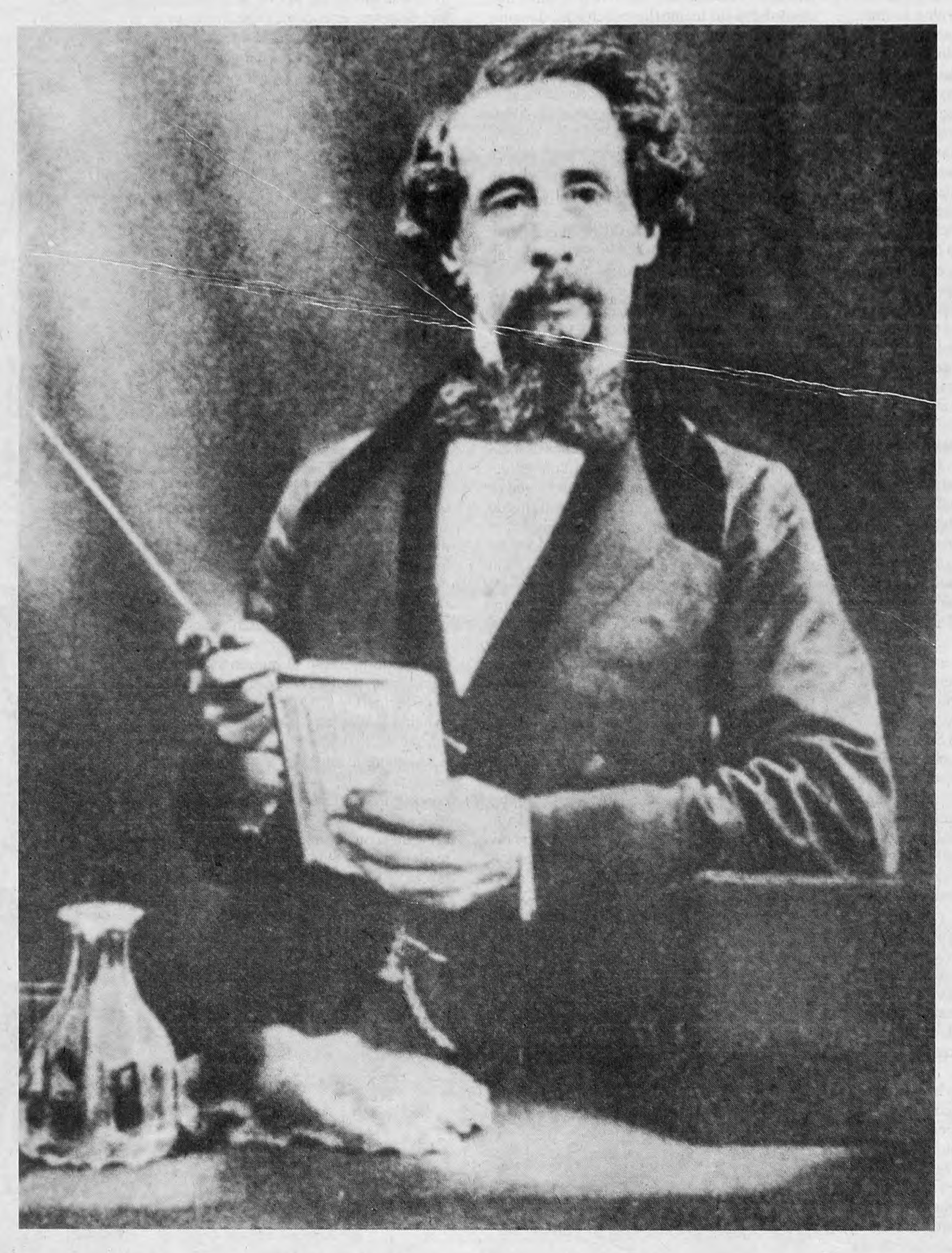
Charles Dickens



Dickens en acción. Inventor del concepto de "escritor en gira", sus histriónicas lecturas públicas no sólo atraían a multitudes sino que, además, le reportaban no pocas alegrías económicas.

La familia de Dickens, muerto en 1870, tuvo que esperar a que apareciese la biografía escrita por John Forster para enterarse de algunos eventos cruciales de la vida del difunto. El más importante de estos, y uno que el escritor ocultó a casi todo el mundo, fue que en 1824, cuando su padre fue encarcelado en la prisión de deudores de Marshalsea, a él lo sacaron del colegio y lo pusieron a trabajar en una fábrica de tintura para zapatos. En la actualidad, un novelista exitoso que hubiese retratado el trabajo infantil (*David Copperfield*, 1849) o las condiciones de vida en la prisión (*La pequeña Dorrit*, 1857), no tendría empacho en garantizarse ventas aún más abultadas relatando sus experiencias ante cámaras, micrófonos y revistas de chismes. Los medios masivos y los males del siglo veinte pueden parecerle horrorosos al puritano, pero el sufrimiento de Dickens –la "vergüenza" de haber alguna vez pertenecido a la clase trabajadora, de haber abandonado por unos meses la frágil clase media– no nos hacen añorar el siglo diecinueve, sobre todo cuando hay indicios de que sus peores características aún pueden repetirse.

El enorme éxito de Dickens comenzó el 31 de marzo de 1836, cuando se publicaron los 400 ejemplares de la primera entrega de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*; cuatro meses después, cuando la tirada de la cuarta entrega alcanzó los 40.000 ejemplares, el joven taquígrafo, reportero judicial y autor de viñetas cómicas para la prensa ya era el favorito del público. Desde entonces y hasta su muerte, Charles John Huffam Dickens, nacido en Landport (cerca de Portsmouth) en 1812, se entregó a la frenética actividad de escribir una novela por año, dirigir revistas, leer sus textos ante teatros y auditorios llenos y abrazar distintas causas sociales. Haber sido el más popular de los novelistas victorianos no siempre lo benefició ante la crítica, pero hoy por hoy casi nadie duda de que fue también el mejor de todos ellos, y comparable a Shakespeare en la variedad de sus personajes.

Grandes ilusiones (1860) es el libro clave del ex obrero de la fábrica de tinturas Warren.

Los Pic

Por Charles Dickens

El primer rayo de luz que ilumina la tiniebla y convierte en fulgor deslumbrante esa oscuridad en que parecen envolverse los comienzos de la historia de la vida pública del inmortal Pickwick, surge al leer las siguientes anotaciones en las «Actas del Club Pickwick», que el editor de estos escritos siente el más alto placer en presentar ante sus lectores, como prueba de la cuidadosa atención, infatigable asiduidad y elegante discriminación con que se ha desarrollado su investigación entre los variados documentos a él confiados.

«12 de mayo de 1827. Bajo la presidencia del señor Joseph Smiggers, V.P.P.M.C.P. (1) Se aprobaron por unanimidad las siguientes resoluciones:

»Que esta Asociación ha escuchado, con sentimientos de satisfacción sin reservas y con aprobación incondicional, la lectura del informe presentado por el señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P. (2), bajo el título: "Hipótesis sobre las fuentes de los estanques de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los Renacuajos", y que esta Asociación ha acordado que conste en acta su más cálido agradecimiento al mencionado señor Samuel Pickwick, por dicha lectura.

»Que, por lo mismo que esta Asociación percibe vivamente las ventajas que para la causa de la ciencia ha de derivarse del estudio antes tomado en consideración –así como de las incansables investigaciones que el señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., ha llevado a cabo en Hornsey, Highgate, Brixton y Camberwell–, no puede menos de considerar con interés los inestimables beneficios que inevitablemente resultarán de trasladar los estudios de este docto caballero a un campo más extenso, ampliando sus viajes, y, en consecuencia, ensanchando su esfera de observación, para el avance del conocimiento y la difusión del saber.

»Que, con el mencionado objetivo, esta Asociación ha considerado seriamente una propuesta presentada por el susodicho señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., y otros tres Pickwickianos, cuyos nombres se hacen constar más abajo, para formar una nueva rama de Pickwickianos Unidos, bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.

»Que la mencionada propuesta ha sido aprobada y sancionada por esta Asociación.

»Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick queda por consiguiente constituida desde ahora; y que los señores Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., Tracy Tupman, M.C.P., Augusto Snodgrass, M.C.P., y Nathaniel Winkle, M.C.P., quedan nombrados miembros de la misma, y que serán requeridos para que, de vez en cuando, presenten informes directos de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones sobre costumbres y caracteres, y de la totalidad de sus aventuras, juntamente con todas las narraciones y documentos a que puedan dar lugar la contemplación de los lugares o sus recuerdos, dirigiéndose al Club Pickwick, radicado en Londres.

»Que esta Asociación admite cordialmente el principio de que cada miembro de la Sociedad Correspondiente sufrague sus propios gastos de viaje; y que no ve en absoluto ninguna objeción en cuanto a que los miembros de la mencionada Sociedad continúen sus investigaciones durante toda la extensión de tiempo que les parezca bien, bajo los mismos términos.

»Que los miembros de la susodicha Sociedad Correspondiente han de ser informados, y lo son por la presente, de que su propuesta de pagar el franqueo de sus cartas(3) y el transporte de sus paquetes, ha sido objeto de debate por parte de esta Asociación: y que esta Asociación considera tal propuesta digna de las grandes mentes de que ha emanado, y expresa en este acta su total aquiescencia a ella.»

Un observador casual, añade el secretario, a cuyos apuntes debemos el siguiente informe; un observador casual quizá no habría notado nada extraordinario en aquella cabeza calva y en las redondas gafas que estaban atentamente dirigidas hacia su cara (la del secretario), durante la lectura de las resoluciones que se expresan más arriba: para quienes supieran que era el colosal cerebro de Pickwick el que estaba trabajando bajo esa frente, y que eran los resplandecientes ojos de Pickwick los que centelleaban tras esos cristales, tal espectáculo resultaba realmente interesante. Allí estaba el hombre que había rastreado hasta sus fuentes los poderosos estanques de Hampstead y había agitado el mundo científico con su Teoría de los Renacuajos; allí estaba, tan tranquilo e inalterable como las profundas aguas de aquéllos en un día de hielo, o como una muestra solitaria de éstos en el más íntimo retiro de una olla de barro. Y cuánto más interesante llegó a ser tal espectáculo, cuando, adquiriendo plena vida y animación al brotar un grito simultáneo de «¡Pickwick!» entre sus seguidores, el ilustre caballero se encaramó lentamente sobre la butaca Windsor en que había estado sentado, para dirigir la palabra al club que había fundado él mismo. ¡Qué hermoso apunte ofrecía esa escena para un artista! El elocuente Pickwick, con una mano graciosamente oculta tras los faldones de la levita, y la otra agitándose en el aire para ayudar su ardiente declaración; dejando ver, por su elevada situación, esas polainas y calzones que, si hubieran revestido a un hombre corriente podrían haber pasado inadvertidas, pero que, desde el momento en que Pickwick los revestía –si podemos usar esta expresión– inspiraban involuntariamente respeto y temor; rodeado por los hombres que se habían ofrecido para compartir los peligros de sus viajes y que estaban destinados a participar en las glorias de sus descubrimientos. A su derecha se sentaba el señor Tracy Tupman –el tan sensible Tupman, que a la sabiduría y experiencia de los años maduros sobreañadía el entusiasmo y ardor de un muchacho en la más interesante y perdonable de las debilidades humanas: el amor. La edad y la buena mesa habían hecho expansionarse su silueta, en otro tiempo romántica: el chaleco negro de seda se había ido ensanchando cada vez más: pulgada a pulgada, la cadena de oro del reloj había ido desapareciendo, debajo del chaleco, al alcance de la mirada de Tupman, y gradualmente la amplia sotabarba se había desbordado sobre los límites del plastrón blanco: pero el alma de Tupman no había sufrido cambio: la admiración por el bello sexo seguía siendo su pasión dominante. A la izquierda de aquel gran caudillo se sentaba el poético Snodgrass, y al lado de éste, a su vez, el deportivo Winkle; aquél, líricamente envuelto en una misteriosa casaca azul con cuello de piel de perro; éste, comunicando mayor refulgencia a una cazadora verde nueva, con pañuelo escocés al cuello, y pantalones ajustados.

El discurso del señor Pickwick en esta ocasión, junto con el debate subsiguiente, queda anotado en las «Actas» del Club. Ambas cosas ostentan una marcada afinidad con las discusiones en otros famosos organismos y,como siempre es interesante descubrir una semejanza entre las conductas de los grandes hombres, trasladamos el acta a estas páginas:

"El señor Pickwick observó (dice el secretario) que la fama es ansiada por el corazón de todos los hombres. La fama poética era ansiada por el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de la conquista era igualmente anhelada por su amigo Tupman; y el deseo de adquirir fama en los deportes del campo, el aire y el agua era lo que predominaba en el pecho de su amigo Winkle. El (señor Pickwick) no negaría que estaba influido por pasiones y sentimientos humanos (hurras); posiblemente, por debilidades humanas (grandes gritos de ¡No!); pero sí diría que si alguna vez prendió en su ánimo el fuego del afán de darse importancia, lo había extinguido eficazmente el deseo de beneficiar ante todo a la especie humana. Ser alabado por la humanidad era lo que le daba impulso; la filantropía era su compañía de seguros. (Vehemente ovación.) Algún orgullo había sentido –lo reconocía francamente, y sus enemigos podían sacar el mayor partido de ello–, y algún orgullo había sentido cuando presentó al mundo su Teoría Renacuajiana; pudiera ser bien recibida o pudiera no serlo. (Un grito de «Sí que lo es», y gran ovación.) Aceptaría la afirmación de ese honorable Pickwickiano cuya voz acababa de oír; pero aunque la fama de ese tratado se extendiese hasta los más remotos confines del mundo conocido, el orgullo con que se consideraría autor de ese escrito no sería nada comparado con el orgullo con que miraba alrededor de él, en este momento, el más enorgullecedor de su existencia. (Aplausos.) El era un humilde individuo («¡No, no!») Sin embargo, no podía menos de percibir que le habían elegido para un servicio

Ilustración del malogrado Robert Seymour para la primera entrega de *Pickwick*. En un principio se pretendió que Dickens escribiera sobre las ilustraciones realizadas previamente; pero el joven consiguió convencer a sus editores de invertir la maniobra. A Seymour la idea no le causó ninguna gracia y se la considera la gota que derramó el vaso de su suicidio. Semanas más tarde –ya con ilustraciones de "Phiz", para muchos virtual coautor de Dickens gracias a sus grabados imposibles de separar de la obra del gran autor inglés– el folletín en cuestión era un éxito fulminante y Dickens el autor más leído en toda la historia del Imperio Británico.

Los Pickwickianos

Por Charles Dickens

El primer rayo de luz que ilumina la tiniebla y convierte en fulgor deslumbrante esa oscuridad en que parecen envolverse los comienzos de la historia de la vida pública del inmortal Pickwick, surge al leer las siguientes anotaciones en las «Actas del Club Pickwick», que el editor de estos escritos siente el más alto placer en presentar ante sus lectores, como prueba de la cuidadosa atención, infatigable asiduidad y elegante discriminación con que se ha desarrollado su investigación entre los variados documentos a él confiados.

«12 de mayo de 1827. Bajo la presidencia del señor Joseph Smiggers, V.P.P.M.C.P. (1) Se aprobaron por unanimidad las siguientes resoluciones:

»Que esta Asociación ha escuchado, con sentimientos de satisfacción sin reservas y con aprobación incondicional, la lectura del informe presentado por el señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P. (2), bajo el título: "Hipótesis sobre las fuentes de los estanques de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los Renacuajos", y que esta Asociación ha acordado que conste en acta su más cálido agradecimiento al mencionado señor Samuel Pickwick, por dicha lectura.

»Que, por lo mismo que esta Asociación percibe vivamente las ventajas que para la causa de la ciencia ha de derivarse del estudio antes tomado en consideración –así como de las incansables investigaciones que el señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., ha llevado a cabo en Hornsey, Highgate, Brixton y Camberwell–, no puede menos de considerar con interés los inestimables beneficios que inevitablemente resultarán de trasladar los estudios de este docto caballero a un campo más extenso, ampliando sus viajes, y, en consecuencia, ensanchando su esfera de observación, para el avance del conocimiento y la difusión del saber.

»Que, con el mencionado objetivo, esta Asociación ha considerado seriamente una propuesta presentada por el susodicho señor Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., y otros tres Pickwickianos, cuyos nombres se hacen constar más abajo, para formar una nueva rama de Pickwickianos Unidos, bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.

»Que la mencionada propuesta ha sido aprobada y sancionada por esta Asociación.

»Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick queda por consiguiente constituida desde ahora; y que los señores Samuel Pickwick, P.G.M.C.P., Tracy Tupman, M.C.P., Augusto Snodgrass, M.C.P., y Nathaniel Winkle, M.C.P., quedan nombrados miembros de la misma, y que serán requeridos para que, de vez en cuando, presenten informes directos de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones sobre costumbres y caracteres, y de la totalidad de sus aventuras, juntamente con todas las narraciones y documentos a que puedan dar lugar la contemplación de los lugares o sus recuerdos, dirigiéndose al Club Pickwick, radicado en Londres.

»Que esta Asociación admite cordialmente el principio de que cada miembro de la Sociedad Correspondiente sufrague sus propios gastos de viaje; y que no ve en absoluto ninguna objeción en cuanto a que los miembros de la mencionada Sociedad continúen sus investigaciones durante toda la extensión de tiempo que les parezca bien, bajo los mismos términos.

»Que los miembros de la susodicha Sociedad Correspondiente han de ser informados, y lo son por la presente, de que su propuesta de pagar el franqueo de sus cartas(3) y el transporte de sus paquetes, ha sido objeto de debate por parte de esta Asociación: y que esta Asociación considera tal propuesta digna de las grandes mentes de que ha emanado, y expresa en este acta su total aquiescencia a ella.»

Un observador casual, añade el secretario, a cuyos apuntes debemos el siguiente informe; un observador casual quizá no habría notado nada extraordinario en aquella cabeza calva y en las redondas gafas que estaban atentamente dirigidas hacia su cara (la del secretario), durante la lectura de las resoluciones que se expresan más arriba: para quienes supieran que era el colosal cerebro de Pickwick el que estaba trabajando bajo esa frente, y que eran los resplandecientes ojos de Pickwick los que centelleaban tras esos cristales, tal espectáculo resultaba realmente interesante. Allí estaba el hombre que había rastreado hasta sus fuentes los poderosos estanques de Hampstead y había agitado el mundo científico con su Teoría de los Renacuajos; allí estaba, tan tranquilo e inalterable como las profundas aguas de aquéllos en un día de hielo, o como una muestra solitaria de éstos en el más íntimo retiro de una olla de barro. Y cuánto más interesante llegó a ser tal espectáculo, cuando, adquiriendo plena vida y animación al brotar un grito simultáneo de «¡Pickwick!» entre sus seguidores, el ilustre caballero se encaramó lentamente sobre la butaca Windsor en que había estado sentado, para dirigir la palabra al club que había fundado él mismo. ¡Qué hermoso apunte ofrecía esa escena para un artista! El elocuente Pickwick, con una mano graciosamente oculta tras los faldones de la levita, y la otra agitándose en el aire para ayudar su ardiente declaración; dejando ver, por su elevada situación, esas polainas y calzones que, si hubieran revestido a un hombre corriente podrían haber pasado inadvertidas, pero que, desde el momento en que Pickwick los revestía –si podemos usar esta expresión– inspiraban involuntariamente respeto y temor; rodeado por los hombres que se habían ofrecido para compartir los peligros de sus viajes y que estaban destinados a participar en las glorias de sus descubrimientos. A su derecha se sentaba el señor Tracy Tupman –el tan sensible Tupman, que a la sabiduría y experiencia de los años maduros sobreañadía el entusiasmo y ardor de un muchacho en la más interesante y perdonable de las debilidades humanas: el amor. La edad y la buena mesa habían hecho expansionarse su silueta, en otro tiempo romántica: el chaleco negro de seda se había ido ensanchando cada vez más: pulgada a pulgada, la cadena de oro del reloj había ido desapareciendo, debajo del chaleco, al alcance de la mirada de Tupman, y gradualmente la amplia sotabarba se había desbordado sobre los límites del plastrón blanco: pero el alma de Tupman no había sufrido cambio: la admiración por el bello sexo seguía siendo su pasión dominante. A la izquierda de aquel gran caudillo se sentaba el poético Snodgrass, y al lado de éste, a su vez, el deportivo Winkle; aquél, líricamente envuelto en una misteriosa casaca azul con cuello de piel de perro; éste, comunicando mayor refulgencia a una cazadora verde nueva, con pañuelo escocés al cuello, y pantalones ajustados.

El discurso del señor Pickwick en esta ocasión, junto con el debate subsiguiente, queda anotado en las «Actas» del Club. Ambas cosas ostentan una marcada afinidad con las discusiones en otros famosos organismos y,como siempre es interesante descubrir una semejanza entre las conductas de los grandes hombres, trasladamos el acta a estas páginas:

"El señor Pickwick observó (dice el secretario) que la fama es ansiada por el corazón de todos los hombres. La fama poética era ansiada por el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de la conquista era igualmente anhelada por su amigo Tupman; y el deseo de adquirir fama en los deportes del campo, el aire y el agua era lo que predominaba en el pecho de su amigo Winkle. El (señor Pickwick) no negaría que estaba influido por pasiones y sentimientos humanos (hurras); posiblemente, por debilidades humanas (grandes gritos de ¡No!); pero sí diría que si alguna vez prendió en su ánimo el fuego del afán de darse importancia, lo había extinguido eficazmente el deseo de beneficiar ante todo a la especie humana. Ser alabado por la humanidad era lo que le daba impulso; la filantropía era su compañía de seguros. (Vehemente ovación.) Algún orgullo había sentido –lo reconocía francamente, y sus enemigos podían sacar el mayor partido de ello–, y algún orgullo había sentido cuando presentó al mundo su Teoría Renacuajiana; pudiera ser bien recibida o pudiera no serlo. (Un grito de «Sí que lo es», y gran ovación.) Aceptaría la afirmación de ese honorable Pickwickiano cuya voz acababa de oír; pero aunque la fama de ese tratado se extendiese hasta los más remotos confines del mundo conocido, el orgullo con que se consideraría autor de ese escrito no sería nada comparado con el orgullo con que miraba alrededor de él, en este momento, el más enorgullecedor de su existencia. (Aplausos.) El era un humilde individuo («¡No, no!») Sin embargo, no podía menos de percibir que le habían elegido para un servicio de gran honra y de no poco peligro. Los viajes estaban en un momento de perturbación, y las mentes de los cocheros estaban fuera de quicio. No había más que mirar el mundo y observar las escenas que se formaban en torno a ellos. En todos los trayectos se volcaban diligencias, se desbocaban caballos, zozobraban barcos y estallaban calderas. (Ovación; una voz «No».) ¡No! (Ovación.) Que salga fuera ese honorable Pickwickiano que tan sonoramente ha gritado ¡No!, y que lo niegue si puede. (Ovación.) ¿Quién es el que ha gritado «No»? (Ovación entusiástica.) ¿Era acaso algún vanidoso decepcionado... no diría hortera (sonora ovación) que, celoso de las alabanzas que –quizás inmerecidamente– se habían otorgado a sus investigaciones (las del señor Pickwick), y escocido por la crítica que se había amontonado sobre sus débiles intentos de rivalidad, ahora adoptaba el procedimiento vil y calumnioso de...?

»El señor Blotton (de Aldgate) se levantó para una cuestión de procedimiento. ¿El honorable Pickwickiano aludía a él? (Gritos de "Orden", "Presidente", "Sí", "No", "Adelante", "Déjenlo", etcétera.)

»El señor Pickwick dijo que no admitiría ser silenciado por los gritos.

»En efecto, había aludido a ese honorable caballero. (Gran excitación.) El señor Blotton sólo había de decir entonces que rechazaba la falsa e indecente acusación del honorable caballero, con profundo desprecio. (Gran ovación.) El honorable caballero era un farsante. (Inmensa confusión, y fuertes gritos de "Presidente" y "Orden".)

»El señor Snodgrass se levantó para una cuestión de procedimiento. Se encaramó de un salto sobre la silla. (Rumores de "Atención, atención".) Deseaba saber si se iba a permitir que continuara esa desdichada discusión entre dos miembros de ese Club. ("Muy bien, muy bien".)

»El Presiente estaba seguro de que el honorable Pickwickiano retiraría la expresión de que acababa de hacer uso.

»El señor Blotton, con todo el respeto posible a la Presidencia, estaba seguro de que no iba a retirarla.

»El Presidente consideró que era su deber imperativo preguntar al honorable caballero si había usado en un sentido vulgar la expresión que se le acababa de escapar.

»El señor Blotton no vaciló en decir que no; que había usado la palabra en su sentido pickwickiano. ("Muy bien, muy bien".) Se sentía obligado a reconocer que, personalmente, abrigaba la más alta consideración y estima hacia el honorable caballero; simplemente, le había considerado un farsante desde un punto de vista pickwickiano. ("Muy bien, muy bien".)

»El señor Pickwick se sintió muy halagado por la correcta, franca y plena explicación de su honorable amigo. Rogaba que se entendiera inmediatamente que sus propias observaciones no habían considerado hacer otra cosa que desarrollar un procedimiento pickwickiano. (Ovación).»

Aquí termina la anotación, y no dudamos de que también terminó el debate, tras de llegar a un punto tan comprensible y altamente satisfactorio. No tenemos constancia oficial de los hechos que el lector encontrará anotados en el siguiente capítulo, pero han sido cuidadosamente confrontados con cartas y otros testimonios manuscritos, tan indiscutiblemente auténticos como para justificar que se relaten en forma continuada(4).

(1) Vicepresidente Perpetuo, Miembro del Club Pickwick (*Nota del Autor*).

(2) Presidente General, Miembro del Club Pickwick (*Nota del Autor*).

(3) En aquella época, el gasto del correo iba a cuenta del destinatario, no del remitente.

(4) La ficción del Club Pickwick será abandonada gradualmente a través de los primeros capítulos: en el capítulo final se hará una fugaz salvedad para cerrar su destino.

Ilustración del malogrado Robert Seymour para la primera entrega de *Pickwick*. En un principio se pretendió que Dickens escribiera sobre las ilustraciones realizadas previamente; pero el joven consiguió convencer a sus editores de invertir la maniobra. A Seymour la idea no le causó ninguna gracia y se la considera la gota que derramó el vaso de su suicidio. Semanas más tarde –ya con ilustraciones de "Phiz", para muchos virtual coautor de Dickens gracias a sus grabados imposibles de separar de la obra del gran autor inglés– el folletín en cuestión era un éxito fulminante y Dickens el autor más leído en toda la historia del Imperio Británico.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Los Papeles póstumos del Club Pickwick*, por Charles Dickens. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.

kwickianos



de gran honra y de no poco peligro. Los viajes estaban en un momento de perturbación, y las mentes de los cocheros estaban fuera de quicio. No había más que mirar el mundo y observar las escenas que se formaban en torno a ellos. En todos los trayectos se volcaban diligencias, se desbocaban caballos, zozobraban barcos y estallaban calderas. (Ovación; una voz «No».) ¡No! (Ovación.) Que salga fuera ese honorable Pickwickiano que tan sonoramente ha gritado ¡No!, y que lo niegue si puede. (Ovación.) ¿Quién es el que ha gritado «No»? (Ovación entusiástica.) ¿Era acaso algún vanidoso decepcionado... *no diría hortera (sonora ovación)* que, celoso de las alabanzas que –quizás inmerecidamente– se habían otorgado a sus investigaciones (las del señor Pickwick), y escocido por la crítica que se había amontonado sobre sus débiles intentos de rivalidad, ahora adoptaba el procedimiento vil y calumnioso de...?

»El señor Blotton (de Aldgate) se levantó para una cuestión de procedimiento. ¿El honorable Pickwickiano aludía a él? (Gritos de "Orden", "Presidente", "Sí", "No", "Adelante", "Déjenlo", etcétera.)

»El señor Pickwick dijo que no admitiría ser silenciado por los gritos.

»En efecto, había aludido a ese honorable caballero. (Gran excitación.) El señor Blotton sólo había de decir entonces que rechazaba la falsa e indecente acusación del honorable caballero, con profundo desprecio. (Gran ovación.) El honorable caballero era un farsante. (Inmensa confusión, y fuertes gritos de "Presidente" y "Orden".)

»El señor Snodgrass se levantó para una cuestión de procedimiento. Se encaramó de un salto sobre la silla. (Rumores de "Atención, atención".) Deseaba saber si se iba a permitir que continuara esa desdichada discusión entre dos miembros de ese Club. ("Muy bien, muy bien".)

»El Presiente estaba seguro de que el honorable Pickwickiano retiraría la expresión de que acababa de hacer uso.

»El señor Blotton, con todo el respeto posible a la Presidencia, estaba seguro de que no iba a retirarla.

»El Presidente consideró que era su deber imperativo preguntar al honorable caballero si había usado en un sentido vulgar la expresión que se le acababa de escapar.

»El señor Blotton no vaciló en decir que no; que había usado la palabra en su sentido pickwickiano. ("Muy bien, muy bien".) Se sentía obligado a reconocer que, personalmente, abrigaba la más alta consideración y estima hacia el honorable caballero; simplemente, le había considerado un farsante desde un punto de vista pickwickiano. ("Muy bien, muy bien".)

»El señor Pickwick se sintió muy halagado por la correcta, franca y plena explicación de su honorable amigo. Rogaba que se entendiera inmediatamente que sus propias observaciones no habían considerado hacer otra cosa que desarrollar un procedimiento pickwickiano. (Ovación).»

Aquí termina la anotación, y no dudamos de que también terminó el debate, tras de llegar a un punto tan comprensible y altamente satisfactorio. No tenemos constancia oficial de los hechos que el lector encontrará anotados en el siguiente capítulo, pero han sido cuidadosamente confrontados con cartas y otros testimonios manuscritos, tan indiscutiblemente auténticos como para justificar que se relaten en forma continuada(4).

(1) Vicepresidente Perpetuo, Miembro del Club Pickwick (*Nota del Autor*).

(2) Presidente General, Miembro del Club Pickwick (*Nota del Autor*).

(3) En aquella época, el gasto del correo iba a cuenta del destinatario, no del remitente.

(4) La ficción del Club Pickwick será abandonada gradualmente a través de los primeros capítulos: en el capítulo final se hará una fugaz salvedad para cerrar su destino. ■

...iográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Los Papeles póstumos del Club Pickwick*, por Charles Dickens. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
4	9	8	7	0	3
6	2	0	3	0	0
7	5	4	2	0	3
8	4	9	7	2	1

B

				B	R
				4	0
1	8	4	0	0	1
5	0	2	8	0	1
2	4	8	7	2	0
3	2	5	9	1	2

C

				B	R
				4	0
2	9	6	1	2	0
1	7	4	9	0	1
2	1	7	4	2	0
2	8	3	5	1	0

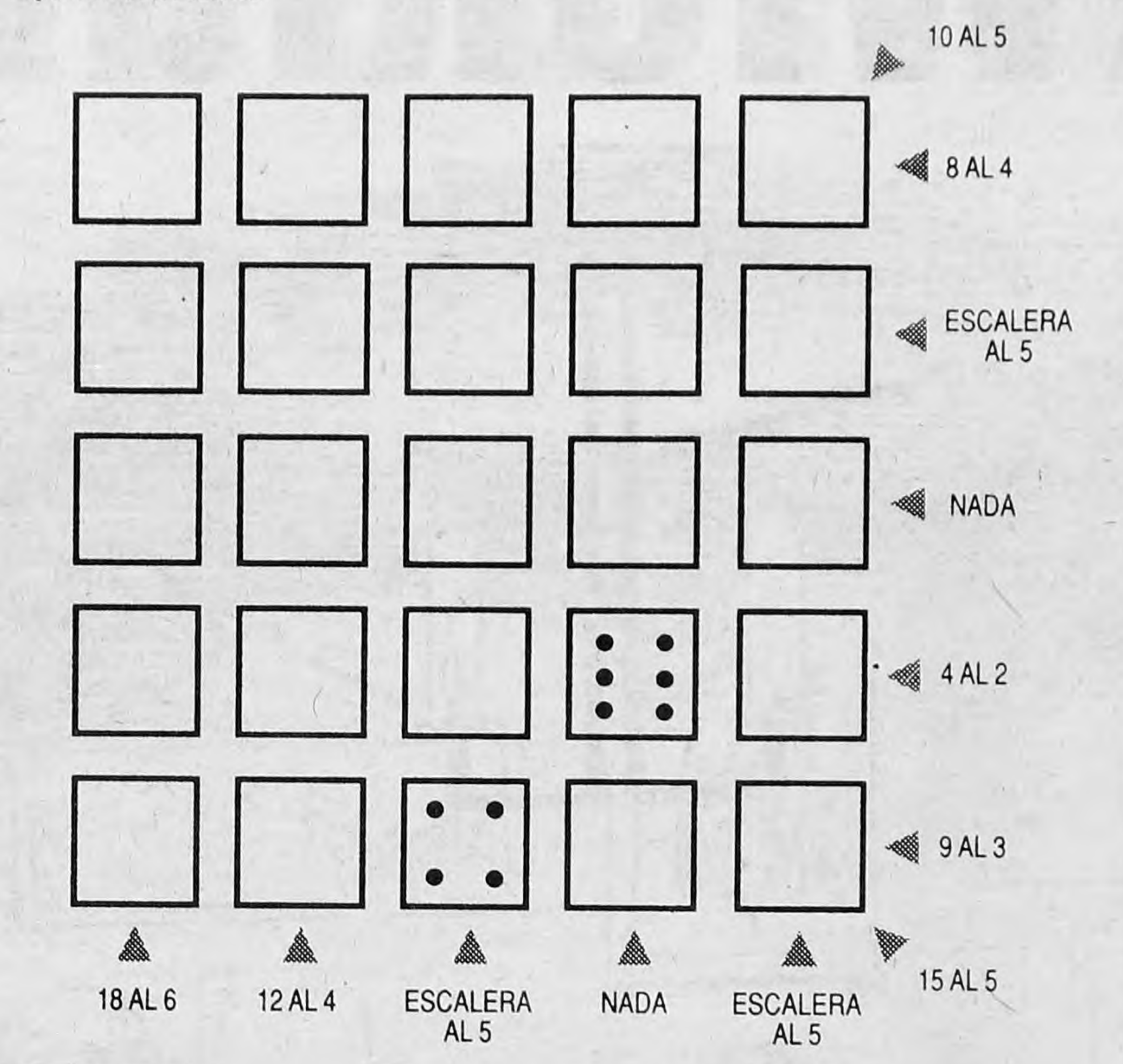
D

				B	R
				4	0
9	3	1	8	1	1
8	5	7	1	0	1
6	9	2	3	2	1
6	5	9	0	1	1



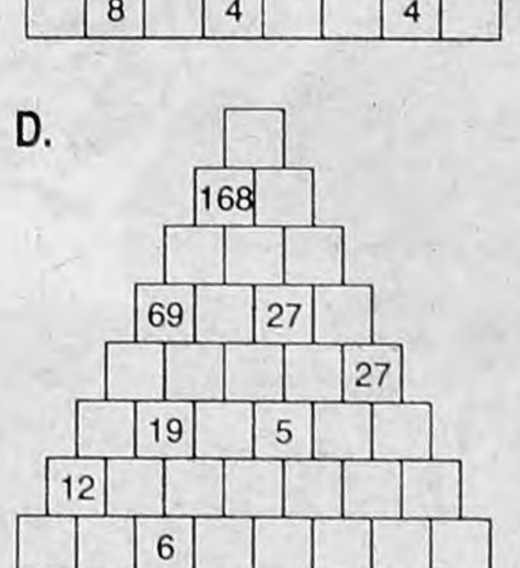
CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



A.

_
_ 257
_ _ _
70 _ _ _
_ _ 26 _ _
_ _ _ _ 21 _
_ _ 8 _ _ _ _
_ 4 _ _ 3 _ 8 _

B.

526
_ _
_ _ _
94 _ _ _
_ _ 30 _ _
_ 24 _ _ _ _
_ _ _ _ 6 _ _
_ 8 _ 4 _ _ 4 _

C.

_
_ 217
_ _ _
_ _ _ 68
13 _ 24 _ _
_ _ _ _ _ 21
_ _ 4 _ 6 _ _
_ 2 _ _ _ _ _ _

D.

_
168 _
_ _ _
69 _ 27 _
_ _ _ _ 27
_ 19 _ 5 _ _
12 _ _ _ _ _ _
_ _ 6 _ _ _ _ _



CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

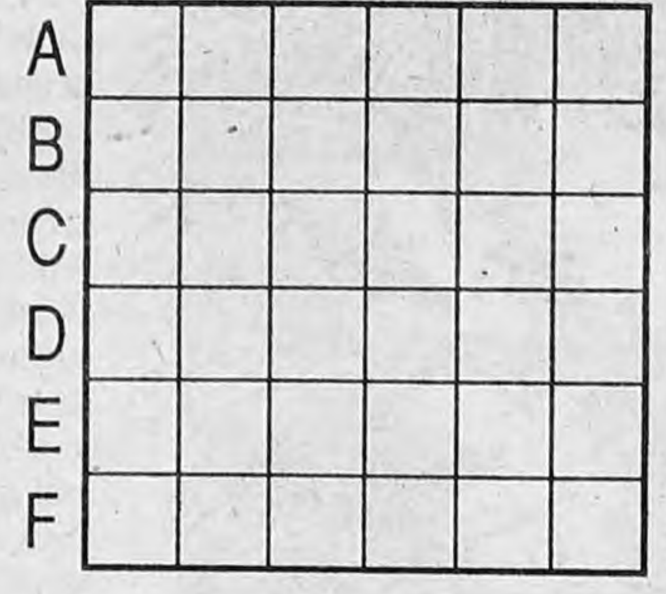
- Hay un solo cuadrito negro.
- Son diez palabras de seis letras, una de cinco, una de dos, una de tres.
- Con las letras de las esquinas, se puede formar la palabra ROSA.

PISTAS HORIZONTALES

A. Una palabra florida, con dos A y una E.
B. Verbo en infinitivo que incluye la única V.
C. Aquí hay una vocal única: la A.
D. Un verbo conjugado donde no se repiten letras.
E. Una linda palabra, con la única J.
F. Aquí hay dos palabras: un metal y una baraja.

PISTAS VERTICALES

1. Una nota musical, un río italiano, una preposición, en una sola palabra.
2. Aquí está la V y no se repite ninguna letra.
3. Aquí están la A, la I y la O, aunque no en ese orden.
4. Verbo conjugado de cinco letras y vocal única.
5. Aquí no figuran la R ni la S.
6. Es un plural, que invertido se convierte en verbo conjugado.



A	A	A	A	A	A	A	A	A
A	D	E	E	E	I	J	M	N
N	O	O	O	O	P	R	R	R
R	R	S	S	S	T	T	V	■

PISTAS AUXILIARES



Soluciones del número anterior

PALABRA OCULTA

A. Cruel
B. Rifle
C. Balón
D. Sello
E. Carne
F. Calle

CUBILETE

2	3	1	4	5
6	3	3	3	2
1	1	6	1	1
3	3	2	5	3
4	1	4	2	4

CRUCIGRAMA

G	A	V	E	T	A
O	R	A	D	O	R
T	O	L	I	M	A
I	M	I	T	A	R
C	A	D	E	R	A
A	R	A	N	A	S

PIRAMIDES NUMERICAS

A.
444
186 258
77 109 149
33 44 65 84
16 17 27 38 46
10 6 11 16 22 24
8 2 4 7 9 13 11
7 1 1 3 4 5 8 3

B.
465
235 230
125 110 120
68 57 53 67
36 32 25 28 39
17 19 13 12 16 23
6 11 8 5 7 9 14
1 5 6 2 3 4 5 9

C.
365
188 177
105 83 94
62 43 40 54
37 25 18 22 32
21 16 9 9 13 19
11 10 6 3 6 7 12
6 5 5 1 2 4 3 9

D.
322
152 170
81 71 99
48 33 38 61
29 19 14 24 37
16 13 6 8 16 21
7 9 4 2 6 10 11
1 6 3 1 1 5 5 6